HARLEQUIN®

Deseo®



Compromiso entre enemigos

Kathie DeNosky

Deseo®

Compromiso entre enemigos

Kathie DeNosky

HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Kathie DeNosky. Todos los derechos reservados.
COMPROMISO ENTRE ENEMIGOS, Nº 1480 - 4.10.06
Título original: Engagement Between Enemies
Publicada originalmente por Silhouette® Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8206-4
Editor responsable: Luis Pugni

Prólogo

Caleb Walker estaba sentado a una mesa en la esquina del hotel de un bar de Wichita, Kansas, mirando a los dos hombres que tenía enfrente. Ni siquiera que la rubia camarera le hubiera sonreído después de un siglo sin sexo podía apartar la atención de lo que tenía entre manos.

Durante toda su vida había sido un hombre sin hermanos. Ni siquiera sabía quién era su padre. Pero una hora antes, en una elegante oficina del cuartel general de Emerald, S.A., todo eso había cambiado. Caleb había descubierto que su padre no era otro que el play boy y heredero del imperio Emerald, Owen Larson. El difunto Owen Larson.

Ahora tenía que acostumbrarse a la idea de que no sólo sabía quién era su padre, sino que ese hombre había muerto en un accidente marítimo en la costa francesa antes de que pudiese echarle en cara haber dejado embarazada a su madre y haberla abandonado después sin decir adiós.

También supo que su abuela era la indomable Emerald Larson y que los dos hombres que estaban sentados frente a él eran sus hermanastros.

–No puedo creer que esa vieja loca haya estado vigilándonos toda la vida –suspiró Hunter O'Banyon–. Lo sabía todo sobre nosotros y no ha hecho nada hasta ahora.

–Esa vieja loca es nuestra abuela. Y yo diría que sí ha hecho algo –Nick Daniels tomó un trago de cereza y dejó la botella sobre la mesa con un golpe–. Para contratar a una legión de detectives que la informaban de todos nuestros movimientos desde que íbamos a la guardería y no decirnos nada hay que tener pelotas.

–Del tamaño de melones –asintió Caleb.

Seguía sintiendo un pellizco en el estómago al pensar que Emerald Larson, fundadora y presidenta de una de las multinacionales más prestigiosas del país, les había negado todos sus derechos desde su nacimiento.

–Y chantajear a nuestras madres amenazando con dejarnos fuera del testamento para que no dijeran nada sobre el canalla de su hijo... –Caleb sacudió la cabeza, incrédulo–. Desde luego, la vieja es una manipuladora de órdago.

Nick asintió.

–Pero entiendo que nuestras madres le siguieran el juego. Esperaban que algún día heredásemos lo que nos correspondía... aunque han pagado un precio muy alto por ello.

–Yo paso de heredar nada –Hunter negó con la cabeza–. No pienso bailar al son que toque la vieja.

–¿Vas a rechazar la oferta? –preguntó Caleb.

Si aceptaban las condiciones de Emerald Larson, cada uno dirigiría una de las empresas de la multinacional. Ella les había asegurado que no había ninguna trampa y que no se metería en cómo dirigían el negocio, pero Caleb no era tan tonto como para creerla. Y, aparentemente, sus hermanastros tampoco.

–Yo llevo cinco años sin volar en helicóptero –murmuró Hunter, apretando los labios–. ¿Qué voy a hacer dirigiendo una empresa de servicios médicos de evacuación?

–Bueno, eso es más normal que enviar a un jockey a dirigir un rancho en Wyoming –replicó Nick–. Llevo doce años viviendo en un dúplex en Saint Louis y lo único que sé del ganado es lo que he visto en televisión.

Caleb estaba de acuerdo. Lo que Emerald Larson les pedía era absurdo. Él había hecho un curso de dirección de empresas en el instituto... siglos atrás. Y no le apetecía nada hacer el ridículo.

–¿Y cómo creéis que me siento yo? Soy un granjero de Tennessee con un simple diploma de bachiller. A Emerald no se le podría haber ocurrido nada más ridículo que pedirme que dirija una asesoría financiera.

Hunter tomó unas almendras.

–Estoy seguro de que la vieja se guarda un

as en la manga. No va a regalarnos Emerald, S.A. así porque sí después de tantos años.

–Desde luego que no –asintió Nick.

Caleb no sabía lo que Emerald Larson tenía en mente, pero estaba seguro de que había elegido cada negocio con algún propósito.

–Yo creo que quiere demostrar algo.

–¿Qué? ¿Que no sabemos lo que hacemos?

–No tengo ni idea. Pero estoy seguro de que Emerald Larson no hace las cosas a lo tonto –Caleb se encogió de hombros mientras tomaba un trago de cerveza–. En mi opinión, tenemos dos opciones. O le decimos que no y, de ese modo, los sacrificios que hicieron nuestras madres no servirán de nada o aceptamos su oferta y le demostramos que, a pesar de tantos detectives, no tiene ni idea de quiénes somos o para qué valemos.

Hunter asintió, pensativo.

–Me gusta la idea de darle en las narices a la altiva señora Larson.

–Quedará como una idiota cuando se dé cuenta de que nos ha metido en algo que no controlamos –dijo Nick.

–Pero si lo hacemos, tenemos que esforzarnos al máximo –Caleb se levantó y dejó un par de billetes sobre la mesa–. Yo no hago las cosas a medias.

–Yo tampoco –dijeron los otros dos al unísono mientras se levantaban para pagar sus consumiciones.

–Entonces, supongo que lo único que que-

da por hacer es darle nuestra respuesta a Emerald –Caleb tenía la impresión de que estaba a punto de subirse a la cuerda floja... sin red.

Pero mientras se dirigían a las oficinas de Emerald, S.A. no podía evitar sentir cierta nerviosa anticipación. Siempre le habían gustado los retos. Y, por increíble que pareciera, estaba deseando dirigir Skerritt y Crowe, Asesores Financieros.

Lo único que lamentaba era no tener la formación necesaria para hacer bien su trabajo.

Capítulo Uno

Mientras se acercaba a la recepción de Skerritt y Crowe, Asesores Financieros, Caleb probó la sonrisa que había ensayado frente al espejo durante los últimos días.

–Vengo a ver a A. J. Merrick.

–¿Tiene una cita? –preguntó la recepcionista, una mujer bajita de pelo gris.

Caleb se dirigió hacia la puerta del despacho.

–Soy Caleb Walker –contestó, con un guiño–. Creo que Merrick está esperándome.

–Un momento, señor Walton... –la recepcionista se levantó como una bala.

–Walker.

Caleb arrugó el ceño. ¿Merrick no le había dicho a los empleados que él era el nuevo director general?

La mujer se encogió de hombros.

–Walker, Walton, me da igual. No va a entrar ahí si no tiene cita.

Aparentemente, nadie la había informado de nada.

–Mire una cosa... –Caleb miró el nombre en la plaquita que había sobre la mesa– Geneva. Después de hablar con su jefe, le prometo volver para presentarme.

–Mi *jefe* está muy ocupado y no quiere que le molesten –replicó Geneva, señalando un grupo de sillas pegadas a la pared–. Por favor, siéntese. Voy a ver si puede recibirlo.

Caleb medía un metro noventa y le sacaba dos cabezas a la oronda recepcionista, pero ella no parecía en absoluto intimidada. Por su expresión, parecía tan decidida a evitar que entrase en la oficina como él a entrar.

Caleb tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. Geneva le recordaba a una vieja gallina que solía tener su padre, toda hinchada, con las plumas cada una por un lado. Y, a juzgar por su expresión beligerante, no tenía dudas de que iba a dejarlo allí sentado hasta que las ranas criasen pelo.

–No hace falta que te molestes, Geneva –riendo, Caleb empujó la puerta con la plaquita de A.J. Merrick–. De verdad, Merrick querrá verme enseguida.

–Voy a llamar a los de seguridad –replicó la secretaria, furiosa.

–Hazlo. También me gustaría conocerlos.

–Pues va a conocerlos, listillo –prometió ella, levantando el auricular.

Sin esperar más, Caleb entró en la espaciosa oficina e inmediatamente vio a una joven sentada tras un enorme escritorio de no-

gal, frente a una pared enteramente de cristal.

Con el pelo castaño rojizo sujeto en un moño del que su abuela habría estado orgullosa y unas gafas de pasta negra, parecía más la directora de una de esas elegantes escuelas de señoritas de Nashville que una secretaria ejecutiva. Y, a juzgar por su expresión severa, debía de ser igual de estricta con las reglas.

Pero mientras se acercaba le pareció ver en sus ojos un brillo de inseguridad, una vulnerabilidad que, considerando la imagen dura que intentaba proyectar, no había esperado.

–Perdone. Estoy buscando a A.J. Merrick.

–¿Tiene negocios con nosotros? –preguntó ella con voz helada.

Cuando se colocó las gafas sobre el puente de la nariz Caleb se fijó en sus brillantes ojos azules. La fría mirada de esos ojos azules habría detenido a un hombre menos decidido, pero no detuvo a Caleb. Todo lo contrario. No sabía por qué, pero por alguna razón le parecía encontrar algo intrigante en su intensa mirada.

–Yo...

–Si está buscando el departamento de personal, está al final del pasillo –lo interrumpió ella antes de que Caleb pudiera presentarse–. ¿La señora Wallace no estaba en su mesa?

El tono helado no podía enmascarar del todo la suave y melódica voz, una voz que parecía poner sus hormonas en alerta roja.

Preguntándose qué demonios le pasaba, Caleb decidió que el problema era que no había estado con una mujer en casi un año. Eso solo era suficiente para que un hombre adulto se pusiera nervioso. Y también hacía que se fijara en una mujer, cualquier mujer, que estuviera cerca.

Satisfecho por haber encontrado una explicación para su interés por aquella antipática secretaria, Caleb señaló por encima de su hombro.

–Que yo sepa, Geneva sigue ahí. Aunque no sé si habrá roto un dedo marcando el número de seguridad.

–Me alegro.

–¿De que se haya roto un dedo? ¿O de que haya llamado a los de seguridad?

–No quería decir... –la joven se detuvo un momento, como si la hubiera pillado desprevenida–. Me alegro de que Geneva haya llamado a los de seguridad, por supuesto.

–Bueno, tranquilícese. La vida es demasiado corta para ponerse tan seria.

La secretaria se levantó y rodeó el escritorio, su expresión de todo menos amable.

–No sé quién cree que es usted o por qué está aquí, pero puede marcharse por donde ha venido...

Un estruendo en la puerta interrumpió la frase.

–¡Ése es!

Caleb miró por encima del hombro y vio a

la recepcionista entrar en la oficina con expresión desafiante. Dos guardias de mediana edad y más que mediana barriga la seguían.

–Veo que has llamado a los de seguridad, Geneva –Caleb miró su reloj e hizo un gesto de aprobación–. No está mal, menos de cinco minutos. Pero yo creo que podría mejorarse, ¿no?

Geneva lo miró de arriba abajo y luego se volvió hacia la mujer de los ojos azul cielo.

–Lo siento, señorita Merrick. Le he dicho que no podía pasar, pero no me ha hecho caso.

Caleb levantó una ceja.

¿Ella era A.J. Merrick?

Interesante. Desde luego, no era lo que él había esperado. Emerald lo había hecho creer que Merrick era un hombre de mediana edad, no una mujer de veintitantos años con unos ojos increíbles.

Mientras se miraban el uno al otro como oponentes en un cuadrilátero, su marginada libido notó que A.J. Merrick no iba vestida como otras chicas de su edad. En lugar de un vestido ajustado que marcase sus curvas, llevaba un traje de chaqueta negro que le quedaba ancho por todas partes. Pero, a juzgar por sus delicadas manos, su largo y delgado cuello y lo que podía ver de sus torneadas piernas, aquella chica escondía un cuerpazo debajo de lo que no podía describirse más que como un saco.

–No pasa nada, señora Wallace –la señorita

Merrick sonrió y esa sonrisa hizo que la temperatura de la habitación aumentase varios grados–. Supongo que ahora entenderá que solicitar un puesto de trabajo en Skerritt y Crowe sería una pérdida de tiempo para los dos –le dijo, volviéndose luego hacia los guardias–. Por favor, acompañen al señor a la calle.

–Eso es muy poco amistoso por su parte –replicó Caleb, sacudiendo la cabeza.

Los guardias lo sujetaron torpemente por los brazos e intentaron empujarlo hacia el pasillo. Y Caleb decidió que necesitaban entrenamiento. De haber querido, se habría soltado sin mover un dedo.

–No tengo por qué ser amistosa con los intrusos.

–No estoy aquí para solicitar un puesto de trabajo. Ya trabajo aquí –dijo Caleb entonces.

–¿Ah, sí? –la señorita Merrick inclinó a un lado la cabeza con gesto de curiosidad–. Como soy yo quien entrevista a los nuevos empleados, ¿le importaría refrescar mi memoria?

–Conseguí el puesto hace una semana y pienso trabajar en el despacho que hay al lado del suyo –riendo, Caleb decidió que iba a pasarlo bien peleándose con la señorita Merrick–. Me llamo Caleb Walker.

Enseguida se dio cuenta por la expresión de aquellos ojos azul cielo tras las ridículas gafas que su respuesta no era la que ella había esperado. Pero enseguida recuperó la compostura.